

CAPÍTULO SEGUNDO.  
DE LOS MODOS, MÉTODOS Y  
PROCEDIMIENTOS DE ENSEÑANZA.

1. Qué son los modos de enseñanza y cómo se clasifican. — 2. Métodos de enseñanza y su división. — 3. Inducción y deducción; análisis y síntesis. — 4. Procedimientos de enseñanza. — 5. Formación intelectual. — 6. Formación moral. — 7. Formación religiosa. — 8. Importancia y progresos de la pedagogía en nuestros tiempos. — 9. San Ignacio de Loyola y San Juan Bautista de la Salle, fundadores de institutos religiosos docentes.

1. Qué son los modos de enseñanza y cómo se clasifican. — Dase en pedagogía el nombre de *modos de enseñanza* á la manera con que procede el maestro para instruir á sus alumnos. Los principales modos son el *individual*, el *simultáneo*, el *mutuo* y el *mixto*.

En el modo individual, el maestro enseña directa y separadamente á cada alumno sin tener en cuenta á los demás, y se ocupa de uno en uno con todos los escolares que le están confiados. Este modo emplea la madre para instruir á sus hijos, y de la familia fué trasladado á la escuela, en la que estuvo en boga hasta fines del siglo XVII.

Para la enseñanza particular tiene ventajas innegables el modo individual, porque favorece el contacto íntimo del alumno con el maestro, y puede éste conocer mejor las aptitudes y tendencias de aquél, darle consejos y hacerle las indicaciones adecuadas á su formación intelectual y moral. Pero empleado en la escuela, pasa lo contrario, por cuanto obliga al maestro á descuidar el mayor número de los alumnos, que se entregan al ocio, á la indisciplina y al tedio; reduce el número de lecciones que recibe cada uno de ellos; los priva del estímulo é interés por instruirse, dejándolos, en cierto modo, entregados á sí mismos; prescinde de la organización y del espíritu de cuerpo, que tanto contribuyen al aprovechamiento escolar, é impide que los alumnos se auxilien entre sí é interesen por su mutuo adelanto. Por estos inconvenientes se ha eliminado desde hace mucho tiempo este modo en las clases numerosas, para substituirlo con el simultáneo.

En el modo *simultáneo*, el maestro se dirige á todos los alumnos á un mismo tiempo, con lo que hay orden en la clase, y se favorece sobre todo el progreso intelectual de los niños, quienes sacan mayor provecho de la lección del maestro que de la de sus compañeros, tanto más que ningún niño deja gustoso su trabajo por enseñar á otros menos instruidos que él, como lo nota el abate Guibert.

Conforme á este modo las escuelas numerosas se dividen en varias clases, según la edad, el desarrollo intelectual y el adelanto de los niños, y cada clase ocupa un local separado y es dirigida por un maestro particular. Á su vez la clase se subdivide en diversas secciones, con las que se entiende sucesivamente el maestro; y mientras éste instruye á una sección, las restantes se dedican á otro trabajo, vigiladas por monitores, ó dirigidas momentáneamente por repetidores, con lo que el modo simultáneo aprovecha de las relativas ventajas del mutuo, de que luego trataremos.

En el modo simultáneo, la enseñanza está organizada de manera que los alumnos de un curso tienen el mismo texto, estudian igual lección, y se entregan á idénticos ejercicios. «Mientras se lee», dice San Juan Bautista de la Salle<sup>1</sup>, «los demás alumnos de la misma sección seguirán la lectura en su libro, que deben tener en la mano. El maestro cuidará con esmero que todos lean en voz baja lo que el lector lee en alta voz; y para conocer si lo hacen efectivamente, hará leer de paso algunas palabras á tal ó cual alumno.» En cada sección, el maestro dirigirá preguntas á los alumnos acerca de lo que han aprendido ó se les ha explicado, y no resolverá una cuestión sino cuando aquellos no puedan solucionarla por sí mismos, á fin de acostumbrarlos á la reflexión y al esfuerzo personal<sup>2</sup>.

Incontestables son las ventajas del modo simultáneo; pues establece una sociedad constante entre el maestro y los alumnos; facilita al primero informarse con frecuentes preguntas del adelanto de los alumnos; fomenta la emulación de éstos

<sup>1</sup> Cf. *Conduite des écoles chrétiennes*.

<sup>2</sup> Cf. *J. Guibert, Histoire de Saint Jean Baptiste de la Salle*.



por medio de ejercicios colectivos; mantiene el orden por la constante ocupación de los alumnos; fecundiza, en fin, la labor del maestro y le estimula al trabajo, porque puede destinar á cada división y aun á cada alumno el tiempo indispensable á su aprovechamiento. Á su vez, cada escolar se empeña en aventajar á sus compañeros y en ascender á la división superior, lo que fomenta no sólo el adelanto de los niños, sino también la disciplina y moralidad escolares, fuera de que los alumnos tienen más agrado en escuchar lecciones variadas y comunes á todos, en lugar de las repeticiones monótonas é interminables, empleadas en el modo individual.

El modo simultáneo, tan apropiado y útil á la enseñanza, fué introducido por San Juan Bautista de la Salle en la dirección de las escuelas de su Instituto; y aun cuando antes de él lo usaron las Universidades de la edad media y los colegios de la Compañía de Jesús, fué el fundador de los Hermanos Cristianos de las Escuelas Cristianas quien lo aplicó á las escuelas populares, y por eso el ilustre canónigo de Reims es el primero de los pedagogos modernos.

El modo *mutuo*, ó *lancasteriano*, consiste, como su nombre lo indica, en distribuir los alumnos de una clase en varias secciones y en colocar de instructor de cada una de ellas al alumno más inteligente, llamado *monitor*, que ha recibido antes del maestro la lección é instrucciones del caso, limitándose entonces éste á vigilar el orden. Este modo organiza la escuela á modo de un cuartel.

José Lancaster hizo en Inglaterra, á principios del siglo pasado, activa propaganda en favor de este modo de enseñanza, traído de las Indias en 1789 por el escocés Andrés Bell. Gracias al favor oficial, este sistema dominó en Francia durante la Restauración, hasta el punto de que en 1816 lo recomendó el ministerio á todos los prefectos. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas habían seguido con buen éxito en sus escuelas el modo simultáneo, durante el siglo XVIII; por lo que sostuvieron lucha prolongada contra el sistema lancasteriano, y salvaron de la ruina la enseñanza popular en Francia. Retirado el apoyo oficial, cayó aquél rápidamente en

descredito, y puede decirse que hoy ha desaparecido por completo.

Á primera vista parece que, el colocar cierto número de alumnos bajo la dirección de un monitor, el elegir á éste entre sus compañeros, y el deseo de ejercer el cargo de monitor estimulan á los alumnos y fomentan entre ellos el pundonor y la solidaridad, permitiendo al maestro encargarse de numerosos alumnos, por el auxilio que le prestan los monitores. Pero estas ventajas son más aparentes que reales; porque el maestro se consagra de preferencia á formar sus monitores, olvidando á los demás, con quienes apenas tiene contacto, y limitando su acción á una mera vigilancia; además, es difícil conseguir buenos monitores, y aun cuando los haya, carecen ante sus condiscípulos de la autoridad del maestro, sus conocimientos son limitados, y, lo que es peor, se convierten en déspotas de sus compañeros, ocultan á veces sus faltas, y son propagadores ó cómplices de inmoralidad.

El modo simultáneo-mutuo ó *mixto*, consiste en repartir los alumnos de una clase numerosa en varias secciones, para que, mientras el maestro se entienda con una de ellas, trabajen las otras bajo la dirección de monitores. Con esto disminuyen los inconvenientes que hemos mencionado. Los monitores son agentes de administración, vigilancia, admonición; los repetidores lo son de enseñanza repetida, leída por ellos; pero, en todo caso, el sistema mixto debe sólo emplearse en clases muy numerosas de principiantes; y como la aglomeración de alumnos en una clase es perjudicial, conviene más bien prescindir de los monitores y observar en la enseñanza el modo simultáneo.

El modo *espontáneo*, inventado por Pestalozzi, consiste en suministrar al niño pocos conocimientos elementales, para acostumbrarlo á desarrollar por sí mismo sus facultades intelectuales. Este sistema, aunque lento y no aplicable á todos, tiene la ventaja de aficionar al alumno al esfuerzo personal, de dar á conocer sus aptitudes para ciertos ramos, de formar especialistas de mérito, y de basarse en el progreso que sigue la naturaleza misma en el desarrollo mental. Pero pocos



son los que desde la primera edad manifiestan genio investigador y despierto: por lo común las facultades del niño están latentes, y necesitan de un genio hábil para desenvolverse, por lo que es indispensable en la primera educación la dirección constante del maestro. Como lo nota el Padre Zocchi, la obra de Pestalozzi, no obstante su competencia y el ruido que produjo, se vino á tierra aun antes de su muerte; sin duda porque como protestante careció de la abundancia de luces que Dios comunica á los hijos de la verdadera Iglesia, y de esas llamas de caridad que abrasan el alma del creyente, transformando su ser y fecundizando sus acciones. De la obra educadora de aquel pedagogo filósofo sólo quedan los *jardines de infantes* de su discípulo Frebel.

Entre los varios modos y sistemas de enseñanza merece especial mención el *cíclico progresivo*, según el cual sigue el alumno en el segundo grado de instrucción un procedimiento igual al empleado en el primero. Todas las asignaturas ó ramos de la enseñanza secundaria se estudian anualmente sin perder de vista el conjunto de la instrucción; de modo que, á medida que se desarrollan las facultades del alma, se van ampliando sus conocimientos y suministrándole más extensa y profunda materia de estudio. La cultura general es entonces á modo de círculo que se va extendiendo poco á poco, pero conservando siempre la misma forma y carácter.

Las ventajas de este sistema están á la vista; porque el estudiante, sin olvidar lo antes aprendido, puede en un corto período de años cursar á la vez varias asignaturas, hasta llegar á dominarlas por completo. Ventaja muy grande, por cierto, pues impide el olvido de las materias que, conforme á otros sistemas, se cursan en los primeros años de estudio sin volverlas á recorrer en los siguientes. Este sistema, usado desde antes en Alemania, fué introducido en Francia desde 1870, á raíz de la derrota de Sedán, como un medio de mejorar la enseñanza secundaria<sup>1</sup>.

**2. Métodos de enseñanza y su división.** — La transmisión de los conocimientos, fin de la enseñanza, requiere

<sup>1</sup> Cf. el opúsculo «La segunda enseñanza en España».

orden y método, fundado en las exigencias de nuestra naturaleza racional y en la manera de funcionar sus facultades. Puede un maestro ser muy instruido, pero si procede sin concierto y al acaso, su labor será infecunda. Por el contrario, siguiendo un buen método, aun una persona de mediano saber puede formar discípulos aprovechados. La experiencia confirma que no siempre los más doctos son los mejores pedagogos; y de allí la utilidad de conocer y aplicar los métodos de enseñanza y de formarse para el profesorado.

«El desarrollo de las facultades no puede hacerse al acaso y sin orden», observa Barés<sup>1</sup>; «porque en tal caso no sería progresivo ni armónico, y una pérdida lamentable de tiempo se originaría de tal procedimiento. Dicho desarrollo exige un método adaptado á la naturaleza y exigencias de cada facultad. Este método es á la vez una ciencia y un arte. Como *ciencia*, abraza los principios fundamentales y generales de la educación, como también el conjunto de reglas particulares, de ejercicios y de prácticas que determinan y precisan los detalles; como *arte*, es la manera inteligente y hábil de poner en obra las reglas aprendidas, añadiendo á ellas lo que la experiencia personal y la inspiración de cada uno sugieren, según las circunstancias de tiempo y de lugar.

«¿Qué es el método? En el sentido más lato y elevado, el método es el camino que debe seguir el espíritu humano para conocer y enseñar la verdad; ó en otros términos, un conjunto de medios racionales para la investigación y demostración de la verdad. En pedagogía se define generalmente el método como el camino más recto, corto y seguro que elige el maestro para comunicar con provecho sus conocimientos al niño, ó para que éste los busque por sí mismo. El método tiene un doble objeto: suministrar los medios de buscar y descubrir la verdad, lo que constituye su primer objeto, y dar los medios para enseñar y comunicar á otros la verdad, que es su objeto secundario.»

<sup>1</sup> *Directoire scolaire*.



No es lo mismo enseñar con método, que enseñar conforme á un método determinado. Lo primero es seguir un orden lógico al explicar una cuestión, exponiendo las relaciones que existen entre los efectos y las causas, entre los hechos y las leyes que los rigen, sometiendo al alumno á una serie de ejercicios que le faciliten el conocimiento de un arte ó de una ciencia. Enseñar según un método determinado, es seguir un sistema especial al dar una lección. Todo profesor debe enseñar con método, pero puede, según los casos, emplear ya un método ya otro.

Un método es un encadenamiento lógico y completo de ejercicios variados que concurren armónicamente á un mismo fin, que puede ser la adquisición de una ciencia ó la práctica de un arte. Las cualidades de un buen método son: la *unidad*, que se determina por el objeto y término de la materia ó especialidad á que se dedica el alumno; la *variedad*, que se refiere á la diversidad de partes y de aplicaciones de esta especialidad; la *conveniencia*, que resulta de la relación de los ejercicios con la fuerza intelectual del alumno; el *orden*, que procede de la clasificación regular de las partes; la *gradación*, que depende de la justa distribución de los ejercicios, del orden lógico observado en resolver una dificultad; la *integridad*, que resulta de no descuidar ninguna parte importante de la materia especial de que se trata, ni ningún género de aplicaciones útiles<sup>1</sup>.

Como se puede conocer la verdad, ó por la enseñanza de otro ó por el trabajo de uno mismo, se distinguen también dos métodos: el *dogmático*, *didáctico* ó *expositivo*; y el *inventivo* (*heurístico*), *interrogativo* ó *socrático*. En el primero se limita el maestro á explicar oralmente una cuestión, sin que le dirijan preguntas los alumnos, por lo menos durante la lección. En este método se instruye, como lo hacen los predicadores y los conferencistas, por medio de descripciones, de narraciones y de discursos seguidos. En el método socrático, interrogativo ó inventivo, excita el maestro la actividad intelectual del alumno por medio de preguntas, com-

<sup>1</sup> Cf. *Achille*, Traité de méthodologie.

binadas de manera que pueda adquirir ó encontrar por sí mismo ciertas nociones ó verdades que están á su alcance. En este método atrae el maestro la atención del alumno sobre el tema de la lección, y aprovechándose de los conocimientos propios del alumno, dirige sus facultades de observación y de reflexión, por una serie bien dispuesta de preguntas, á fin de que trabaje por sí mismo y encuentre la verdad.

El método expositivo tiene sus ventajas, por cuanto permite al maestro recorrer rápidamente su programa, evitando las interrupciones y digresiones de los alumnos, y para éstos viene á ser una excelente lección de lógica, que les enseña á estudiar un tema en toda su amplitud y desarrollo. Pero este método no es aplicable á la enseñanza primaria; porque los niños, sobre todo en la primera edad, son ligeros, de imaginación traviesa, poco reflexivos é ignorantes aun en cosas vulgares; por lo que se fatigan mucho con las disertaciones y discursos, se distraen fácilmente y dejan inactivas sus facultades, excepto la memoria, que retiene algunas palabras, que á veces ni aun comprenden. Además, el uso de esta forma requiere cualidades muy raras en quien la emplea, á saber: conocimiento profundo del tema de la lección, espíritu lógico para desarrollarlo debidamente; imaginación viva para amenizar el discurso; dicción castiza y amena que atraiga al auditorio, y cierto calor y entusiasmo que interese á todos.

El método interrogativo presenta á su vez ventajas incontestables, pues permite al maestro darse cuenta del grado de adelanto de los alumnos y le obliga á estar siempre al alcance de su auditorio; procede lentamente, para que el niño comprenda lo que se le enseña; mantiene la atención de los escolares por las preguntas que les dirige y por el empeño de éstos en responder satisfactoriamente; es un excelente medio de formación intelectual para los alumnos, porque les provoca á la reflexión, ejercita el juicio, despierta el espíritu de investigación y de inventiva, lo que les sirve de estímulo y contribuye á su formación moral, animando á los tímidos y conteniendo á los presuntuosos.



El método interrogativo requiere de parte del institutor viveza de espíritu, sentimiento de la verdad, conocimiento teórico y práctico de la inteligencia humana, en particular de la del niño, así como de los medios adecuados para su desarrollo intelectual; posesión, en fin, de la materia de que trata, para presentarla á los alumnos en todos sus aspectos.

La forma expositiva da muy buenos resultados al dirigirse á hombres formados ó á jóvenes cuya inteligencia está ejercitada y provista de conocimientos, por dilatados estudios y el hábito de la reflexión; así como la forma socrática debe predominar en la enseñanza primaria, por ser adecuada para ejercitar las facultades del niño. Pero se ha de evitar el empleo exclusivo de una de las dos formas, y procurar combinarlas oportunamente. Así, en el método expositivo conviene de vez en cuando, y sobre todo al terminar la disertación, dirigir algunas preguntas á los alumnos y escuchar sus observaciones; igualmente en el método interrogativo ha de relatar el maestro hechos históricos, ó discurrir sobre sucesos interesantes, ó hacer un resumen de la materia de estudio, lo que agrada á los niños y evita la monotonía de la clase. En suma, el sistema mixto es útil á toda clase de alumnos, porque da vida á la enseñanza haciéndola más provechosa é instructiva.

**3. Inducción y deducción; análisis y síntesis.**—La inducción y la deducción son los dos caminos que pueden seguirse en la indagación metódica y sistemática de los conocimientos científicos. La primera va de lo compuesto á lo simple, de la percepción directa de los hechos ó de la intuición de las ideas, á distinguir sin separar, á observar y experimentar. La deducción marcha de lo simple á lo compuesto, de lo general y abstracto á unir sin confundir, á racionar y hallar consecuencias.

La inducción es el procedimiento interno del análisis; y la deducción, de la síntesis; y dan origen á los métodos analítico y sintético, que existen realmente, pues representan los dos caminos que se siguen en la investigación y transmisión de la verdad. Por el análisis se descompone una idea ú objeto en sus elementos, se va del todo á las partes; y por la síntesis se combinan estos elementos para formar un

conjunto, y se va de las partes al todo. El primero es un método de diferenciación, y el segundo de homogeneidad y semejanza. Grande es, por tanto, la utilidad del análisis y de la síntesis, á los que acuden y se ciñen todos los métodos de enseñanza <sup>1</sup>.

No limitándose la ciencia á conocer los hechos, sino extendiéndose á explicarlos, sigue dos caminos: descender de lo general á lo particular, que es la marcha sintética; remontarse de lo particular á lo general, que es la marcha analítica. Cuando hay datos que equivalen á principios evidentes, se ha de emplear el método sintético ó deductivo para descubrir nuevas verdades, como pasa con las matemáticas, en las que cada proposición nueva es una consecuencia de otras anteriormente conocidas y por todos aceptadas; pero si los datos consisten en efectos ó en fenómenos cuya causa se busca, como en las ciencias físicas, se ha de acudir al método inductivo ó analítico.

En la enseñanza puede proponerse el maestro, ó instruir al alumno en las verdades conocidas que se hallan en los libros, ó iniciarlo en la investigación y descubrimiento de verdades nuevas.

«Para lo primero sirve mucho el método analítico, el más conforme», como lo nota Alcántara <sup>2</sup>, «con el desarrollo normal de la inteligencia del niño, quien procede siempre por inducción, camina de lo conocido á lo desconocido, de los conocimientos concretos á los abstractos, de las consecuencias á los principios, de las verdades particulares á las generales.

«En el método sintético se sigue una marcha opuesta; pues se va de lo simple á lo compuesto, de lo general á lo particular, etc., componiendo y asemejando los elementos que constituyen la complejidad de lo real, tratando de conocer los casos particulares comprendidos en las verdades generales. Este método ejercita las facultades superiores, facilita la reflexión y el examen en conjunto de una serie de elementos ya analizados, la concepción de leyes generales, de hipótesis

<sup>1</sup> Alcántara y García, Compendio de pedagogía.

<sup>2</sup> L. c.



y teorías que explican ciertos hechos. En este concepto se le llama, á más de deductivo, descendente, compositivo, racional, expositivo y de doctrina ó enseñanza.»

Pero así como es útil combinar los varios métodos de enseñanza, igual cosa se debe hacer con el análisis y la síntesis; por medio de ésta inicia el maestro al alumno en el conocimiento de verdades conocidas, y por medio del análisis le pone en camino de descubrir por sí mismo otras nuevas. Por esto, al método socrático se le puede llamar *analítico-sintético*, en cuanto comienza por el análisis, para terminar en la síntesis; y al método dogmático se le puede calificar de *sintético-analítico*, porque comienza por la síntesis, para seguir con el análisis y terminar por una nueva síntesis. En la práctica se unen el análisis y la síntesis en la misma lección, en la exposición de un hecho ó la demostración de un teorema. La síntesis no podría patentizar las relaciones que tienen entre sí las partes de un todo, sin que un análisis anterior haya separado dichos elementos; y, por otra parte, al fijar el análisis la atención sobre los elementos aislados, es necesaria la síntesis, para que el espíritu pueda considerar las ideas en conjunto y sacar conclusiones generales.

**4. Procedimientos de enseñanza.**—Llámanse procedimientos de enseñanza ciertos medios de que se vale el maestro, conjuntamente con los modos y métodos, para lograr que sus lecciones sean más claras, variadas y más al alcance de los niños. Hay procedimientos de exposición, de aplicación y de corrección, de los que hablaremos brevemente.

Los procedimientos de **exposición** tienden á hacer adquirir al alumno nociones exactas, claras y, en lo posible, completas de las materias que cursa. Ellos se dirigen principalmente á las facultades perceptivas, externas ó internas, á saber: á los sentidos, la imaginación, la razón, la conciencia y, en ciertos casos, á la memoria. El principal de estos procedimientos es el de *intuición sensible* ó de *comprensión inmediata sensibilizada*, que tiene por base poner los objetos á la vista del educando, no sólo para que los vea, sino para que conozca sus propiedades por medio de los otros sentidos. Se puede definir este procedimiento: la enseñanza por medio

de la observación sensible, encaminada á fijar la atención del niño en los objetos que se le presentan, á fin de ejercitar la percepción y el juicio, y de que se dé cuenta de las ideas abstractas. Por ejemplo, para que el alumno comprenda lo que son las unidades métricas, se le muestra un litro, el peso de un kilo, un metro, etc. La enseñanza por el aspecto ó por los ojos es la forma más ordinaria de la intuición sensible y sirve de base á la instrucción elemental. Siendo la sensación, según Santo Tomás, el punto de partida de toda idea, mientras más se multipliquen las sensaciones logra el alma, en virtud de la abstracción, adquirir mayor número de ideas. Los niños, en especial, no pueden percibir las ideas abstractas sino mediante una forma concreta, una imagen ó una comparación; y por esto la vista de un cuadro, de una fotografía, de una figura, pone en ejercicio su inteligencia, les induce á examinar atentamente los objetos, á darse cuenta de su importancia y funcionamiento, á preguntar lo que no comprenden. Las cartas geográficas, los cuadros murales, sea de historia ó de ciencias naturales, las proyecciones luminosas, los retratos de personajes, etc., sirven mucho para el aprendizaje, sobre todo en la primera edad, como también el empleo de la pizarra es muy útil en la enseñanza de la aritmética, la geografía, las ciencias físicas y naturales, la escritura, la música, etc.

Á los procedimientos de exposición pertenece el *comparativo* ó *anológico*, por el cual se comunican al niño mediante las ideas adquiridas, otras que no posee ni las puede adquirir directamente por la intuición inmediata ó mediata. Este procedimiento se vale de comparaciones, de ejemplos y de la asociación de ideas, y es un poderoso medio de instrucción.

El procedimiento *antitético* ó de *oposición* se funda en la ley de los contrastes, para lo que pone en relieve las palabras, las ideas y las cosas, á fin de que se note la antítesis.

El estudio de las *etimologías* contribuye á dar al lenguaje y al estilo precisión y propiedad, así como cabal inteligencia de lo que se lee. Las *descripciones* vivas, pintorescas y animadas, las *narraciones* hábilmente hechas y elegidas cau-



tivan la atención de los alumnos y amenizan una explicación abstracta. El procedimiento *íntimo* ó *de conciencia* ejercita á ésta en el orden intelectual y moral, habitúa al niño á entrar dentro de sí mismo, á distinguir el cuerpo del alma y sus varias facultades por las operaciones que les son propias; por lo cual es uno de los procedimientos más importantes, que fecundiza á los demás mediante la reflexión.

Los procedimientos mnemónicos comprenden la *repetición*, que graba en la memoria las nociones cuyo recuerdo se ha borrado; y los *cuadros sinópticos*, que presentan condensados y coordinados los hechos é ideas, facilitando las revisiones y el apreciar las cosas en conjunto. El procedimiento *experimental* consiste en establecer por medio de experiencias la verdad de una afirmación científica. Las experiencias pueden preceder ó seguir á la enunciación de las teorías á que se refieren. El primer método aprovecha mucho en la enseñanza elemental, en la que con frecuencia se llega á la teoría por las experiencias que la demuestran; pero con alumnos de cierta edad se usa el método inverso, que es más simple y expedito, acudiendo á la experiencia tan sólo para comprobar la teoría enunciada.

Los procedimientos de **aplicación** consisten en ejercicios, orales ó escritos, por los que el profesor procura: 1.º asegurarse de que las nociones enseñadas han sido bien comprendidas por los alumnos; 2.º grabar en la mente de éstos lo que les enseña; y 3.º hacerles adquirir facilidad y gusto en la práctica de las diversas artes. Estos procedimientos se sirven de los ejercicios escritos escolares, las repeticiones y las revisiones.

Los primeros consisten en que el maestro da á los alumnos temas que escribir, para acostumarlos á reflexionar, á retener lo que se les dice en clase, y á estar atentos durante la explicación. Las principales formas de ejercicios escritos son: 1.º de *copia*, que consisten en transcribir un texto, ó en reproducir gráficamente un modelo, cosas ambas útiles á los principiantes, en especial para la escritura; 2.º de *reproducción*, en que redacta el alumno una lección oral para asegurarse si la ha comprendido y retenido; 3.º de *imitación*, que echa mano de algunos elementos, ó de una forma que le sirve de modelo, para

revestirlos con ideas semejantes ó extenderlos en casos análogos; 4.º de *transformación*, usado sobre todo en los ejercicios de gramática y de estilo, que consiste en dar formas variadas á ideas ó frases cuyo fondo se conserva, para multiplicar las aplicaciones de una teoría, de los casos de una regla, etc.; 5.º de *análisis*, que tiene por objeto investigar y resumir las ideas desarrolladas en un discurso ó en un texto, con lo que el alumno se habitúa á distinguir lo principal de lo accesorio, á descubrir el encadenamiento de las ideas y á condensarlas; 6.º de *reflexión* ó de *invención*, que son ejercicios escritos que exigen el empleo de los conocimientos adquiridos y el trabajo individual del alumno.

El fin de la enseñanza es poner al educando en aptitud de producir algo por sí mismo; por lo que el maestro debe en cada lección estimular la iniciativa del alumno, para que se ejercite en la composición.

Los ejercicios han de estar al alcance de los alumnos; no han de ser largos ni muy difíciles, han de ser variados é instructivos, y versar sobre materias apropiadas.

La *repetición*, cuando la emplea el maestro consiste en interrogar á los alumnos acerca de una lección precedente, para encadenar los conocimientos, recordar los principios que sirven de base á la lección siguiente, y comenzar una nueva explicación. La primera forma de repetición es de uso diario en las clases, y la segunda se emplea á menudo en el curso elemental y medio.

Por parte de los alumnos la repetición consiste en afirmar el recuerdo de las lecciones aprendidas, estudiándolas de nuevo.

La *revisión* es una segunda lección dada por el maestro sobre asuntos ya tratados, pero en forma más concisa, y según otro aspecto ó un plan diverso. Las revisiones son de grande utilidad; porque favorecen la asociación de ideas, hacen mirar una cuestión en conjunto, y esclarecen lo que parecía confuso á primera vista.

El maestro ha de emplear varios medios para **examinar y corregir** el trabajo de los alumnos. Los principales son la interrogación y recitación, la corrección de los deberes, las composiciones y los exámenes.



Las *preguntas* son útiles en clase, no sólo para el fomento del interés y la emulación de los alumnos, sino para que el maestro conozca el adelanto de ellos, rectifique sus errores, y les enseñe á expresarse; pero para que sean provechosas han de ser *claras*, ó comprensibles para todos; *simples*, de modo que sólo admitan una respuesta; *variadas*, para evitar la monotonía; *graduadas*, yendo de lo fácil á lo difícil, de una vista en conjunto á los detalles; *encadenadas*, ó sea lógicamente dispuestas; é *interesantes*, para que atraigan la imaginación del alumno.

Lámase *recitación* la respuesta á las cuestiones relacionadas con el texto que debe saberse de memoria. Dicha literalmente una lección, dirige el maestro preguntas sobre ella á los alumnos, para asegurarse de si la han comprendido ó retenido las explicaciones.

De parte del maestro, *corregir un ejercicio* es anotar y señalar las faltas; de parte del alumno, es substituir una redacción exacta á otra defectuosa. La corrección es escrita ú oral, individual ó colectiva. La importancia de la corrección es innegable; porque vuelve atento al alumno, sirve de sanción á su trabajo, impide la negligencia, y le hace adelantar lenta, pero seguramente.

Las *composiciones* son ejercicios escritos destinados á estimular á los alumnos y á fomentar su actividad en el trabajo. Empleadas con prudente parsimonia y conteniendo cuestiones más ó menos difíciles, para que aun los alumnos poco expertos puedan trabajar, son muy útiles para conocer el aprovechamiento de los escolares, asignarles el puesto merecido en la clase, y premiar á los aprovechados. También contribuye mucho al adelanto, dividir la clase en dos campos rivales, que se disputan el triunfo, en una empresa del espíritu.

Los *exámenes*, ó pruebas que rinden los alumnos en la mitad ó al fin del curso escolar, constituyen uno de los estímulos más eficaces para su aprovechamiento. Los exámenes son privados, cuando se rinden á los profesores del establecimiento; y públicos, cuando los recibe un jurado compuesto de personas extrañas y ante un concurso más ó menos numeroso.

Los últimos avivan el entusiasmo de los alumnos y los maestros; pero éstos no deben olvidarse de los demás niños por preparar exclusivamente á los candidatos que han de presentarse en público.

Uno de los medios más convenientes para facilitar la enseñanza, sobre todo secundaria y superior, consiste en que el profesor anticipe en la clase la explicación de las lecciones del día siguiente; con lo que se logra tener á los alumnos más atentos en clase y se les aligera mucho el aprendizaje de memoria.

**5. Formación intelectual.**—Hemos dicho que la enseñanza se propone transmitir los conocimientos al niño, procurando á la vez el desarrollo armónico de todas sus facultades. Los métodos y procedimientos de enseñanza tienden á facilitar esta labor, sin la que sería estéril la acción del maestro y casi nula la formación del alumno. Por eso vamos á indicar algunas reglas prácticas para la formación intelectual, moral y religiosa del alumno, ya que en la Primera Parte expusimos los principios teóricos sobre esta materia. Desenvolver las facultades humanas es cosa importante y delicada, pudiendo decirse que el mérito del hombre está en relación con el grado de cultivo que ellas han obtenido<sup>1</sup>.

La educación intelectual se propone la cultura del espíritu mediante el desarrollo de sus facultades y la adquisición de los conocimientos. Las facultades intelectivas perciben, por una parte, los objetos materiales con sus propiedades singulares y concretas; y por otra, los objetos inmateriales con las propiedades abstractas y universales de los objetos materiales.

Hay, por tanto, dos órdenes de facultades cognoscitivas: las del orden sensible, que perciben las cosas materiales, concretas y singulares; y las del orden intelectual, que nos ponen en relación con las cosas inmateriales, abstractas y universales. Según el sistema escolástico, las facultades del conoci-

<sup>1</sup> Nos servirán de principales guías en este punto «Les Eléments de pédagogie pratique» de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y el «Directoire scolaire» del canónigo Barbé, de cuya doctrina haremos un extracto, añadiendo algunas reflexiones de propia cosecha.



miento sensible comprenden los sentidos externos y los internos, y la del conocimiento intelectual se ejerce por la percepción ó aprehensión de las ideas, el juicio, el raciocinio, la conciencia intelectual y la memoria intelectual.

Los sentidos externos (vista, oído, olfato, gusto y tacto) se apoderan directamente, por decirlo así, de las propiedades exteriores de los objetos, llamándose sensación la impresión que éstos producen en el alma por medio de aquéllos. Los sentidos funcionan bien cuando los órganos están sanos y aptos para cumplir su oficio; cuando no hay un intermedio ú obstáculo entre ellos y los objetos que deben impresionarlos; y cuando se interpretan bien sus datos. El buen funcionamiento y perfección de los sentidos externos se obtienen educándolos debidamente, en cuyo caso adquieren toda la finura y precisión de que son capaces. Es indudable que los sentidos suministran muchos elementos y materiales á las facultades superiores para sus trabajos propios, los que pueden ser inexactos y erróneos por culpa de aquéllos: de allí la necesidad de educarlos convenientemente, de fortificarlos y de corregir en lo posible sus imperfecciones nativas, para lo cual deben observarse las leyes de la fisiología y de la higiene. Las orejas estarán limpias y se aumentará su fuerza auditiva con ejercicios adecuados; los ojos necesitan de mucha luz, natural ó artificial, y hay que acostumbrar á los niños á mirar desde lejos los objetos, para fortalecer el órgano, advirtiéndoles, en cuanto á la lectura y escritura, que no alejen ni acerquen mucho el libro ó papel.

La educación de los sentidos se propone darles la perfección posible, á fin de aumentar su aptitud natural y ponerlos en condición de que las percepciones que suministren á la inteligencia sean claras, precisas y exactas. Ejercitar á los sentidos sirve, según Rousseau, no sólo para hacer buen uso de ellos, sino también para aprender á juzgar bien y, por decirlo así, á sentir. Además, cuando están bien educados, despiertan en los niños el espíritu de observación y les comunican el deseo de inquirir y de pensar, como dice Alcántara.

La educación de los sentidos es *general* cuando tiene por fin su cultura armónica; y *especial* cuando intenta particular-

mente la de uno de ellos, sea solo ó en relación con los demás. Las reglas de la gimnasia y de la higiene deben observarse con este objeto. Conviene, por tanto, educar físicamente los sentidos, esto es, cuidar de su integridad y conservarlos en buen estado<sup>1</sup>.

«Mientras más profundamente se excita un sentido, dentro de ciertos límites, se hace más perspicaz y transmite mejor sus impresiones á la mente», dice Taylor<sup>2</sup>. «Los sentidos externos, como medios de comunicación entre el alma y el mundo visible, sólo cumplen debidamente sus funciones cuando adquieren la habilidad de percibir un mayor número de detalles en las diferencias de color, de tono, de forma, é intensidad, para transmitirlos al entendimiento. La imaginación misma no alcanza, como los sentidos, el poder de hacer tales distinciones, y de allí la importancia de elegir medios y métodos apropiados para su pronto desarrollo.»

Después de la educación física, viene la *educación intelectual* de los sentidos; por que no basta poseer buenos instrumentos si no sabemos servirnos de ellos. Es preciso habitar prácticamente á los sentidos á recibir bien las impresiones de los órganos correspondientes, y á la inteligencia á apreciar é interpretar debidamente los datos que le suministran. Así, por ejemplo, se desarrolla el tacto palpando objetos variados, para juzgar de su masa, forma, resistencia, etc., sin el auxilio de los otros sentidos. Se educa el oído acostumbrándolo á distinguir la naturaleza y dirección del sonido, la distancia del objeto que lo produce, los sonidos gratos é ingratos, etc.; se perfecciona la vista haciendo que el niño distinga los colores con sus matices, calcule las distancias y dimensiones de los objetos, las figuras de éstos, etc. Conviene, además, acostumbrar á los sentidos á que se auxilien entre sí, á fin de que su percepción sea más exacta.

Los niños gustan mucho del ejercicio de los sentidos; pero debe evitarse que los usen de una manera distraída, para lo cual se les presentará cierto número de objetos y se les hará

<sup>1</sup> Alcántara y García, Compendio de pedagogía teórico-práctico.

<sup>2</sup> «Estudio del niño».



examinar sucesivamente por todos sus aspectos. A esto se refieren también las lecciones llamadas de *cosas*.

Los sentidos internos perciben los objetos sensibles internos y elaboran las sensaciones ya recibidas. Estos sentidos, cuyo órgano es el cerebro, son cuatro: la conciencia sensible, la imaginación, la memoria sensible y el sentido estímativo.

Por la *conciencia sensible* se da cuenta el hombre de los fenómenos de la sensación, de cada una de las operaciones de los diversos órganos de los sentidos y de los cuerpos en que éstas se localizan. El sentido de la conciencia sensible toma el nombre de *sentido común*, porque junta en sí y unifica como en centro común y consciente los diversos fenómenos sensibles de que cada sentido es el sujeto. Se le llama también *sentido íntimo*, por cuanto gracias á él se siente cada uno íntimamente afectado por estos fenómenos sensibles.

Para que la conciencia sensible llene como las demás facultades su objeto, es indispensable la atención. Atender es aplicar voluntariamente el endemimiento á un objeto material ó inmaterial, es un recogimiento del espíritu que se desprende de todo objeto extraño á la idea en que se ocupa. Todo trabajo intelectual comienza y persiste por la atención, que es espontánea cuando el espíritu se aplica por sí mismo á un objeto; y provocada, cuando lo hace por un estímulo exterior. Malebranche decía que la atención constituye la fuerza del espíritu, ya que sin ella no hay conocimiento posible. Á la falta de atención, dice Alcántara, se deben muchas veces la ligereza y el aturdimiento de que no pocas personas dan pruebas en la vida práctica y muchos niños en los ejercicios escolares<sup>1</sup>.

La *imaginación* es la facultad del alma que representa las imágenes de las cosas reales ó ideales. Ella conserva ante todo las imágenes que ha recibido de los objetos sensibles en el cerebro, las hace después revivir, las pone en cierto modo en acción, y, por fin, las combina y forma un compuesto de imágenes, con los diversos elementos de que es

<sup>1</sup> L. c.

depositaria. En esta última operación revela su actividad, su poder, y despliega su fuerza investigadora y creadora. La imaginación recibe el nombre de *representativa* ó de *memoria imaginativa* cuando recuerda imágenes anteriormente percibidas; y de *inventiva* ó *creadora*, cuando combina á ellas sus elementos para formar otras nuevas.

La imaginación tiene sus ventajas é inconvenientes, desde el punto de vista intelectual y moral. Sirve de poderoso auxiliar á los estudios literarios y artísticos, y aun influye en el cultivo de las ciencias. Bien arreglada y dirigida, ejercita la inteligencia, facilitándole, por medio de representaciones y de signos sensibles, el conocimiento de los seres inmatereales. Gracias á las imágenes, se da brillo y relieve á ciertas ideas, que impresionan vivamente al espíritu y son transmitidas sin dificultad. La imaginación se enriquece con la abundancia de las imágenes y se perfecciona con su acertada elección: ellas producen sentimientos é ideas, y aun provocan y estimulan las acciones.

Pero, cuando la imaginación está desarreglada ó tiene un predominio exagerado, debilita y enerva la razón, expone al juicio á desviarse y da origen á ilusiones y errores. Esta facultad es la más activa é indisciplinada, por lo que Pascal la llamaba *maestra de falsedades* y Santa Teresa la *loca de la casa*.

Para educar la imaginación conviene lo siguiente. 1º Dejarle cierta prudente libertad, y no cortar su vuelo, sino dirigirlo debidamente, evocando escenas pintorescas, hechos laudables, cuadros variados y poéticos, etc., á fin de avivar las fuerzas del entendimiento y comunicarle vigor y lozanía. Después de despertar el espíritu de observación, hay que estimular el de iniciativa y de invención. 2º Aprovechar las ocasiones que presentan las lecturas y las composiciones de los alumnos, para mostrarles prácticamente los defectos y males causados por una imaginación desequilibrada. Como en los niños esta facultad es ardiente, traviesa y disipada, conviene proporcionarles ideas sanas y fortificantes, que sirvan de correctivo á los delirios é ilusiones de que gustan, teniendo en cuenta que las primeras imágenes é impresiones



se graban profundamente en el alma. En la elección de las lecturas se necesita suma cautela; para que no se aficionen á relatos nocivos ó puramente fantásticos, ni se dejen cautivar sólo por el brillo del lenguaje, prescindiendo del fondo del asunto. En suma, el maestro no ha de comprimir sistemáticamente la imaginación del escolar, pero tampoco ha de permitir su preponderancia.

La *memoria sensible* ú orgánica tiene por objeto retener ó conservar las imágenes impresas en los órganos internos, reconocer y reproducir los fenómenos sensibles pasados, sacándolos del depósito en que, por decirlo así, han estado guardados. Por medio de la memoria recordamos y retenemos las cosas é ideas de otro tiempo. Ella es la fuente de la ciencia, dice Quintiliano; el fundamento de la previsión, afirma Séneca; el tesoro de las ideas, según Cicerón.

Adquirir conocimientos, desenvolver y fecundizar la inteligencia requieren mucho estudio, lectura constante y asiduo trato con los maestros; todo lo que sería inútil, si no se pudiese con el auxilio de la memoria conservar y retener lo aprendido. Sin ella no puede haber educación; porque ésta exige el conocimiento de ciertas reglas y principios, así como la adquisición de buenos hábitos, para lo que son indispensables recuerdos frecuentes y precisos. Tampoco es posible la experiencia; ya que el pasado ilumina al presente y al porvenir, explica los hechos y sirve de guía en las situaciones nuevas. Pero la memoria sin el discernimiento poco aprovecha. Aquélla proporciona á éste los materiales con cuyo auxilio el espíritu ejercita sus fuerzas, se eleva é inventa. Por esto, aun cuando la memoria es la potencia que primero aparece en el niño, debe procurarse el desarrollo simultáneo de todas sus facultades, acostumbándolo, desde la infancia, á reflexionar y á darse cuenta de lo que hace y aprende.

Los medios principales de auxiliar y desenvolver la memoria son:

1.º El *ejercicio*; porque sin él se torna lenta, perezosa, improductiva. Por medio de ejercicios continuos y metódicos el niño aprende las lecciones prontamente, conserva con

fidelidad los recuerdos y se vuelve apto para recibir las diversas ideas que se le confien. Para fijar en la memoria el recuerdo de un objeto, conviene presentarlo con claridad y precisión. El espíritu y los sentidos externos concurren consonantes en una sola obra.

2.º La *aplicación*, ó sea la atención de la mente á lo que se lea ú observe. Un alumno ligero ó distraído puede leer cien veces un pasaje sin retenerlo; mientras que otro, atento y calmado, lo aprenderá muy luego. La aplicación contribuye á dar claridad, precisión y vivacidad á la memoria.

3.º El *orden*, la *aplicación* y la *división* ayudan poderosamente á la memoria. Cuando se agrupan muchas imágenes sensibles de un orden secundario alrededor de una principal, con la que tienen enlace, ésta sirve para retener aquéllas. Sobre todo el ordenar, clasificar y dividir bien las ideas facilita en gran manera el ejercicio de la memoria.

4.º La *asociación de las imágenes*, que consiste en reunir las que tienen entre sí cierta afinidad y conexión, ya natural, como las de semejanza, oposición, contigüedad, causalidad; ya arbitraria, como la que se funda en una combinación artificial ó convencional, como ciertos procedimientos mnemónicos. En virtud de la asociación de ideas, cada uno de nuestros recuerdos evoca otros, anteriormente unidos en nuestro espíritu. Por esto alguien dijo: «vivir es recordar».

5.º La *repetición* de la misma lectura y el recuerdo frecuente de las mismas imágenes contribuyen á grabarlas en la memoria; pero para que este ejercicio no sea maquina, debe el alumno penetrar el sentido de lo que lee; y por esto se dice que *comprender sirve para aprender*.

Por último, el uso de cuadros, de imágenes ó de inscripciones despierta las ideas y las fija en el espíritu.

En ningún caso debe fatigarse al niño, ni aun á título de cultivar su memoria, con estudios largos y difíciles, ni se han de emplear procedimientos ilógicos. Que aprenda textual y metódicamente la lección, explicada antes por el maestro, para que no se pegue tan sólo á la letra; que se asegure de la fidelidad de los recuerdos, por frecuentes ejercicios de



repetición y revisión; y entonces su memoria adquirirá un notable grado de desarrollo.

«La memoria infantil es corta y fugaz. Ella se desarrolla en la puericia, época adecuada para cultivarla; y es en todo tiempo un poderoso auxiliar de la instrucción. La desgracia es que en nuestros días se la ejercita con detrimento del juicio, de la reflexión y de otras aptitudes.

«Los filósofos distinguen tres actos en la memoria: aprender, retener y acordarse; á los que corresponden tres cualidades que son otras tantas condiciones de una memoria completa: facilidad, tenacidad, prontitud.

«La memoria se altera por la falta de ejercicio ó por los años, así como una fatiga excesiva puede provocar amnesias locales, especie de eclipses que borran los recuerdos y hasta los extinguen por completo.»<sup>1</sup>

El *sentido estimativo* consiste en la apreciación de los objetos sensibles, incluso sus propiedades buenas ó malas. Es necesario regular este sentido, á fin de que el alumno no se deje llevar sin discernimiento de sus gustos y primeras impresiones, ni prescinda tampoco inconsideradamente de éstas, porque muchas veces los primeros juicios son los más seguros.

La facultad del conocimiento intelectual se ejerce: 1.º por la percepción intelectual ó aprehensión de ideas, «acto por el cual ve el espíritu el objeto sobre que ha fijado su atención» y adquiere el conocimiento de las cosas inmateriales, de las nociones universales y abstractas. Con relación á la pedagogía, las ideas se dividen en implícitas, distintas, confusas, adecuadas é inadecuadas. No puede haber percepción falsa, porque el espíritu se apodera siempre de una realidad objetiva, si bien de una manera más ó menos clara y adecuada. Para que la percepción sea perfecta, deben llenarse ciertas condiciones que la preceden y la acompañan. Preceden á la percepción la *atención*, que concentra las fuerzas del espíritu sobre un objeto dado; y la *reflexión*, que es un retorno de la mente sobre sus operaciones. Acompañan

<sup>1</sup> *Nicolay*, Los niños mal educados.

á la percepción, la *abstracción*, que entre muchos objetos ó cualidades suyas, ó entre varias ideas, considera tal objeto, cualidad ó idea, prescindiendo de los otros; el *análisis*, que distingue y separa las partes de un todo hasta llegar á conocer sus elementos; y la *síntesis*, que, al contrario, compone un todo por la reunión de sus partes.

La atención es indispensable para la percepción. Cuando aquella se dirige á los objetos sensibles se llama *observación*; cuando se refiere á uno mismo y á su interior, se denomina *reflexión*; y cuando se ocupa en lo suprasensible, *contemplación*.

Como los niños son curiosos, conviene acostumbrarlos al espíritu de observación, fundada en la cultura de los sentidos y de la atención, valiéndose, según aconseja Alcántara, de ejercicios de intuición y de clasificación, que los habitúen á analizar, á comparar y á raciocinar. Hay que inducirlos también á la reflexión, desarrollando en ellos el espíritu de observación, haciendo que se fijen bien en las cosas y las perciban, que abstraigan y generalicen, que piensen en lo que leen y les enseña el maestro.

La *comparación* es una excelente gimnasia intelectual de que se aprovecha el maestro para llamar la atención del niño sobre las cosas que le rodean, haciéndole notar las analogías y diferencias que ofrecen. La comparación sirve mucho para hacer inteligibles ciertas ideas ó seres abstractos, á más de la utilidad del empleo de los contrastes y los intermedios, de los términos absolutos y los relativos.

Por la *abstracción* y la *generalización* se prescinde de las cualidades de un objeto, para considerarlo en su pura esencia ó principios constitutivos; se separa lo que es común á muchas cosas, para formar un concepto que las comprenda á todas. «Sin generalizar no conoceríamos las leyes, las relaciones, los conjuntos», dice Joly; «el pensamiento se perdería en la multiplicidad y variedad indefinida de los fenómenos; y ni el razonamiento ni la ciencia serían posibles.» Á su vez la abstracción es indispensable para el discurso y la palabra, siendo, además, como el antecedente de la generalización y necesaria para la ciencia y el estudio.



Conviene acostumbrar á los niños á abstraer y á generalizar; y para que no se extravíen en estas funciones, es preciso hacerles partir de ejemplos y hechos concretos al conocimiento de las ideas abstractas y generales. La abstracción debe ser graduada, debe cuidarse de la exactitud y claridad en los términos, evitando las abstracciones que no estén al alcance del niño y se substraigan á la realidad, que es su mejor escuela<sup>1</sup>.

De todas las ideas, las abstractas son las que el niño percibe con más dificultad, como es natural; porque la abstracción, tendencia separativa y metafísica, repugna al niño, que necesita ver las cosas, ó á lo menos figurárselas, para comprenderlas. El niño concibe y percibe las cosas concretas, por complejas que sean, mucho antes de darse cuenta de una simple idea abstracta<sup>2</sup>.

El *juicio* es la afirmación del entendimiento sobre la conveniencia ó inconveniencia de dos términos ó de dos acciones. En el orden especulativo y en el práctico el juicio desempeña papel importantísimo; por lo que dijo Bossuet que el buen sentido es el maestro de la vida humana. En todo juicio hay una asociación de ideas y un encadenamiento de deducciones que conducen á una conclusión formal. Un juicio es certero cuando va precedido de madura reflexión; es recto cuando se atribuyen á un sujeto cualidades que le son propias; y es erróneo, en caso contrario.

Para precaver al niño de lo último, es preciso avivar en su alma el amor á la verdad, y excitarlo á buscarla imparcialmente, venciendo las dificultades que se presenten; es necesario habituarlo á reflexionar, y á dudar ó suspender todo dictamen, siempre que no tenga una percepción clara de la verdad, en cuyo caso debe solicitar las luces y el consejo de otros.

El niño suele formar juicios desde pequeño, y para que éstos sean verdaderos conviene ponerle á cubierto de las percepciones falsas, de las ideas preconcebidas, y de los errores; para lo que se debe educar sus sentidos, acudir á la

<sup>1</sup> Cf. *Alcántara y García* l. c.

<sup>2</sup> Cf. *Nicolay* l. c.

atención, la comparación y la percepción; suministrarle los medios esenciales del discernimiento, ejercitarle en formar juicios por sí mismo, corrigiendo las equivocaciones en que incurra.

La viveza de la imaginación en los niños, la movilidad de su naturaleza y la prontitud en apreciar las cosas contribuyen á que juzguen muchas veces erradamente de éstas y de las personas. Se evita este peligro llamando su atención sobre los sucesos ordinarios de la vida, para que se den cuenta de sus causas, resultados é importancia, como también para presentarles la oportunidad de manifestar su dictamen, á fin de aplaudirlo ó de rectificarlo, según convenga.

Sobre la ignorancia y curiosidad del niño, reveladas en juicios ilógicos é inconvenientes, en preguntas continuas y variadas, debe venir la acción del educador. Es natural que los niños interroguen, averigüen, discutan sobre lo que no entienden. Pero esta curiosidad, que les estimula á instruirse, no es, según el Dr. Puyol, un vicio, sino una propensión innata en ellos, que se debe fomentar y analizar. Hay que dejarles libre la fuerza expansiva de la investigación, para corregirla. Lo demás sería ahogar gérmenes con una anticipada podadera.

En su manejo y en la enseñanza procure el maestro dar á las cosas y á los hechos el valor que tienen, anteponiendo lo sobrenatural á lo natural, lo espiritual á lo sensible; pues los alumnos se fijan mucho en las doctrinas dadas en clase, las que ejercen en su alma poderosa influencia.

El *raciocinio* es el acto de la inteligencia que va de lo conocido á lo desconocido, para descubrir la verdad; ó, como se lo define en filosofía, es la operación intelectual que deduce la conclusión de dos premisas ya conocidas. Al raciocinar se puede ir de lo general á lo particular, del todo á la parte, de las leyes á los hechos; ó por el contrario, ir de lo particular á lo general, de los efectos á las causas, de las consecuencias á los principios: en el primer caso hacemos uso de la deducción, y en el segundo de la inducción.

En el raciocinio manifiesta especialmente su poder y actividad nuestra inteligencia, que descubre por su medio las



relaciones de las ideas entre sí y el enlace de los pensamientos. Por él se distingue el hombre del bruto (incapaz de discernimiento), se dilata el campo de los conocimientos, se conocen las leyes de la naturaleza y se descubren sus fuerzas ocultas.

Siendo el raciocinio la *razón en acción*, debemos cultivar especialmente esta facultad, que nos hace comprender el *por qué* y el *cómo* de las cosas, nos indica los principios y causas de los seres, nos pone en comunicación con lo infinito, y nos indica las leyes del pensamiento; por cuyo motivo se la llama *el sol de nuestro espíritu*.

La razón y el juicio, que existen en el niño como en germen, han de ser educados convenientemente, para que aprenda á discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, á conocer los axiomas en que descansa la ciencia, y á juzgar de los hechos á la luz de los principios.

El mejor medio de cultivar esta facultad en los niños, es dirigirlos como á seres racionales, dándoles la razón de lo que se les manda ó enseña, para que vean que en la conducta del educador no hay capricho ni arbitrariedad alguna. Deben también dárseles nociones siquiera someras de las leyes del raciocinio, á fin de que las cumplan; deben encadenarse lógicamente las explicaciones sobre cada materia; cuidar de que se fijen en los razonamientos contenidos en los libros de estudio, y de que aprendan sólo lo que han entendido. En las ciencias exactas han de darse definiciones claras, establecerse previamente los principios en que se fundan, y exigirse en los razonamientos una rigurosa ilación. En las naturales y experimentales se ha de despertar en los alumnos el espíritu de observación, iniciándolos en el razonamiento inductivo, acostumbrándolos á distinguir el hecho de la hipótesis, el fenómeno de la teoría, combatiendo tanto la superficialidad que mira las cosas á medias, como el exceso y manía de raciocinar en todo, que conduce á la infatuación y á la tenacidad. Sobre todo ha de inculcárseles que la razón, aun cuando poderosa, es limitada; por lo que hay verdades superiores á su alcance, que se conocen sólo por medio de la revelación. En suma, es necesario cultivar gradualmente la inteligencia

del niño, haciéndole estudiar con método, principiando por nociones sencillas, para ascender á otras elevadas, habituándole á la observación, al raciocinio, y á juzgar con acierto de las cosas<sup>1</sup>.

Fernando Nicolay, cuyo Estudio *psicológico, anecdótico y práctico* sobre el niño está con justicia llamando la atención en Europa y en América, hace las siguientes observaciones acerca del modo cómo se desenvuelven las facultades intelectivas del niño, y da reglas preciosas á los encargados de desarrollarlas: «Si es verdad», dice, «que desde los primeros meses de su existencia puede el niño sentir percepciones diversas y adquirir ciertos hábitos, es lógico concluir que la educación intelectual y moral comienza realmente en la cuna.... Se puede, por tanto, auxiliar casi desde ésta su inteligencia, infundiéndole poco á poco las primeras nociones. Cuando el espíritu del niño está bien equilibrado, conviene investigar minuciosamente el motivo por el cual aparecen en él una veleidad extraña, una preocupación excepcional. Anádanse á esto ciertas causas de error invencible, en las que casi nunca se piensa, no obstante ser menos raras de lo que se supone.»

He aquí cómo, según el mismo autor, va adquiriendo gradualmente el niño sus conocimientos:

«Las primeras sensaciones percibidas le dan pronto la noción del gozo y la del dolor. Gradualmente se localiza esta noción confusa, y el niño se fija más en las impresiones que experimenta á cada hora. La visión, las funciones del tacto y de los músculos, la audición de ruidos y de la palabra humana, le aportan su contingente de experiencia.

«Después de poco tiempo las ideas de las cosas exteriores se afirman en el niño; reconoce como distintas de sí las cosas que le rodean y que él percibe. Su inteligencia se abre, y sus impresiones se manifiestan por una mímica significativa. Conforme á las emociones y sentimientos que experimenta, según el tono de voz ó el aspecto de la fisonomía, el niño pliega la frente, crispa los labios, hace muecas, deja escapar

<sup>1</sup> Cf. la obra citada de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y la de Alcántara y García.



gritos alegres ó gemidos. ¡Sobre cuántas cosas se puede hacer juzgar al niño, con los calificativos de *hermoso, feo, bueno, malo*, debidamente aplicados! Así comienza el discernimiento.»

Una de las causas de los juicios errados de los niños son las exageraciones y falsedades de las personas con quienes tratan á menudo. Oigamos al mismo Nicolay<sup>1</sup>:

«El niño es propenso á estimar como verdaderas las imaginaciones que le pasan por la cabeza. Con mayor razón las ideas expresadas en su presencia son para él otras tantas creencias. La palabra es una afirmación, y el niño es un ser *crédulo*. De ahí el peligro de las opiniones falsas y de los juicios erróneos emitidos ante mentes juveniles, que ignoran cuán pérfida es la palabra humana.

«La misma crítica se aplica, en menor escala, á la exageración comúnmente admitida en el lenguaje diario. Para dar más relieve é interés al discurso, todo se aumenta y centuplica; todo es superlativo en un sentido ú otro; todo es *maravilloso, ideal, exquisito, arrebatador*, ó, por el contrario, *horrible, odioso, execrable, monstruoso*.

«Esto tiene el grave inconveniente de no dar la medida de las cosas, ni su colorido verdadero, ni su sabor propio. Desaparecen los matices del pensamiento y de las palabras, y se olvida que el justo medio es el asilo de la sabiduría: *in medio virtus*. ¡Ah! ¡cuán rara es la dote que por antífrasis se llama *sentido común*!

«Extraño el niño á estos artificios y convenciones, no juzga exactamente de las cosas. La exageración del estilo le sugerirá una noción inexacta de las cosas; y sólo á fuerza de reflexión y de estudio recobrarán para él las palabras su valor exacto. Hay padres y maestros también que hacen uso constante de expresiones abultadas y campanudas. ¡Cuánto sufrirá el niño de tener que vivir en esta atmósfera alterada!

«El niño es naturalmente sincero; mas apenas empieza á despertarse su inteligencia, ha sido víctima de tantos engaños, que conoce la astucia por experiencia. Las promesas falsas y las amenazas vanas llegan á una cifra incalculable; así que

<sup>1</sup> L. c.

sabe que las palabras difieren de las acciones. Y como, prescindiendo de la moral, la mentira es útil al niño para conseguir sus fines, emplea á su vez el disimulo para evitar las reprimendas y castigos que teme. ¡Cuántas veces los padres, en lugar de averiguar un hecho punible, se limitan á preguntar á sus hijos quién lo cometiese, esperando que se denuncien, lo que es un heroísmo, y fomentando de este modo el disimulo y la falsía!»

La *conciencia intelectual* es la función por la que la inteligencia replegándose sobre sí misma se da cuenta de sus operaciones presentes. Se diferencia de la conciencia sensible en que ésta testifica acerca de las operaciones sensibles, y aquella tiene por objeto las operaciones espirituales. Difiere igualmente de la memoria intelectual, que se refiere á los sucesos pasados, mientras que la conciencia intelectual da cuenta de los presentes.

Los medios de funcionamiento y perfección de esta conciencia son los mismos que los de la sensible, substituyendo las frases *ideas* y *fenómenos intelectuales*, á las frases *imágenes* y *fenómenos sensibles*.

La *memoria intelectual* se propone retener, reproducir y reconocer los fenómenos intelectuales pasados como ya conocidos. Dicha memoria opera como la sensitiva, con la diferencia de que ésta se ejercita sobre las imágenes sensibles y la otra sobre las inteligibles, que las reconoce y reproduce como percibidas antes por la inteligencia, y cuyo depósito conserva de una manera más intacta que la memoria sensitiva.

Para el cultivo de la memoria intelectual se aplicarán las mismas reglas que para la memoria sensitiva, con la substitución de palabras indicada en el párrafo precedente.

En la educación intelectual los métodos activos consisten en la aplicación de los procedimientos de enseñanza, con el fin de hacer trabajar por sí mismo al alumno, llamándole la atención, excitando su curiosidad, provocándole á la reflexión y al esfuerzo personal, sin el que poco ó nada aprovechará en los estudios, ni serán de utilidad las reglas antes dadas. Por eso decía Mons. Dupanloup: «Lo que hace el maestro es poco; lo que consigue que haga el alumno es todo.»



Para obtener lo último debe empeñarse el profesor, en que el niño *mire las cosas*, las observe, aplique á ellas su atención, las examine y analice; en que *reflexione*, replegando el espíritu sobre sí mismo y ejercitando sus facultades intelectuales, sin lo que el trabajo resulta estéril y rutinario; en que *raciocine*, ó sepa aplicar la reflexión al encadenamiento lógico de ideas, acostumbándose á seguir una marcha directa y rigurosa en las deducciones, á eliminar lo inútil y á sacar de un razonamiento todas las conclusiones que de él se deducen; en que *hable y componga*, para que tenga ideas claras sobre las cosas, las exprese correctamente, combine los elementos suministrados por la observación personal, la enseñanza del maestro ó el estudio de un libro, y forme de todo un conjunto lógico, en el arreglo de cuyas partes intervenga el alumno.

**6. Formación moral.**—La formación intelectual quedaría trunca, y aun sería nociva, si no fuese acompañada de la moral, cuyo objeto es educar las facultades morales del niño (conciencia, voluntad y sensibilidad), empleando las precauciones debidas para proteger su inocencia, é inculcándole prácticas que creen y fortifiquen en él las buenas costumbres y los hábitos cristianos.

La moral es la base de la educación, como lo demostramos ya en la Primera Parte; pero no la moral independiente ó racionalista, sino la moral cristiana, ó sea la moral natural complementada y perfeccionada por la revelación.

El único medio de dar á los niños una educación moral completa, es inculcarles la observancia de la doctrina evangélica, que, por su pureza y elevación, enaltece al hombre y le enseña á ejecutar actos laudables y meritorios. El sentimiento de la dignidad humana, la voz de la conciencia, el amor al prójimo no bastan á morigerar al hombre, si no están dirigidos y vivificados por el espíritu de Jesucristo y por la gracia sobrenatural, con cuyo auxilio podemos practicar la virtud y triunfar de las pasiones desarregladas.

La *sensibilidad* es la facultad de experimentar emociones y sentimientos agradables ó desagradables, según nuestras inclinaciones intelectuales sean ó no satisfechas. Las inclina-

ciones son movimientos del alma hacia lo que es conforme á su naturaleza: ellas, aunque diversas, se resumen en el amor y en el odio.

Para facilitarnos la consecución de lo que es conforme á nuestro fin, Dios ha asociado una emoción agradable, ó un placer á la satisfacción de nuestras inclinaciones, placer que no es el fin del acto, sino un medio y auxilio para atraer la voluntad hacia el bien. Mas por una desviación de nuestra naturaleza, buscamos á veces el placer por sí mismo y aun apeteceemos lo malo. Entonces el amor legítimo de sí propio degenera en egoísmo; el sentimiento de honor, en orgullo; el apego á la gloria, en vanidad; la emulación, en envidia; el empeño de poseer bienes, en avaricia; el afecto á la familia y á la patria, en una especie de idolatría. Conviene, por tanto, educar la sensibilidad en el niño, para que sus inclinaciones tiendan al bien, sus sentimientos sean nobles y den origen á acciones generosas, y para que sus afectos guarden una justa jerarquía, y le conduzcan á Dios, término último de la humana actividad.

Hay niños apáticos y poco expansivos, y otros, por el contrario, apasionados é impresionables; por lo que no se debe proceder con todos de igual modo en la educación de la sensibilidad. El primer obstáculo para el perfeccionamiento de ésta es el egoísmo, defecto que hay que combatir en los niños, desprendiéndolos del amor exagerado de sí mismos, y abriendo su corazón á las gratas emociones de la caridad, la benevolencia, la mutua tolerancia, la compasión. El segundo obstáculo es la sensualidad, que enerva el espíritu y lo inhabilita para el bien; por cuyo motivo es preciso atacarla sin tregua, iniciando al niño en la práctica del vencimiento y de la mortificación cristiana, é inculcándole el mérito de la pureza, sin la que naufragan el candor y la inocencia. El tercer obstáculo es un sentimentalismo exagerado, y los que lo tienen gustan de inconscientes amistades y son propensos al desaliento. Se extirpa este mal fortificando la voluntad del alumno con el espíritu de sacrificio, y persuadiéndole que la virtud es obra de la convicción y esfuerzo del ánimo, y no del sentimiento ó de emociones pasajeras. Aprovecha tam-



bién mucho acostumbrarlo á respetar la autoridad, el mérito, la virtud, sobre todo el infortunio, é infundirle hábitos de dignidad personal, de anhelo por el bien, de amor á Dios, á la Iglesia, á la familia, á la patria.

La conciencia, en sentido estricto, es el juicio práctico de la razón que determina de una manera precisa lo que se debe hacer ó evitar en cada caso, desde el punto de vista moral. Ella es la reguladora de la vida, á cuyo dictamen tenemos que sujetarnos en el ejercicio de nuestra actividad.

La conciencia puede ser recta ó defectuosa, por lo que se distinguen varias especies de ella. Con relación al *objeto* se divide en verdadera ó falsa, según su juicio sea ó no conforme á la realidad objetiva; con relación al *sujeto* es cierta ó dudosa, según tenga ó no temor de resolver acerca de la moralidad de un acto; considerada en su *modo de formación*, es recta ó prudente, temeraria ó imprudente, según emplee ó no las precauciones necesarias para no equivocarse.

La conciencia verdadera y recta está acorde con la ley moral, y procede con claridad, acierto y delicadeza; la defectuosa se equivoca por ignorancia, relajación ó escrúpulos. Por lo que conviene formar la conciencia del alumno, mediante la observancia de la ley natural, divina y humana. En esta difícil labor aprovecharán las reglas siguientes. 1.ª Debe seguirse el dictamen de la conciencia cuando hay certidumbre moral de la honestidad del acto. 2.ª No basta para el gobierno de la vida la conciencia *honrada*, sino que es necesaria la conciencia *cristiana*, que se apoya é inspira en los preceptos de la religión revelada. 3.ª La conciencia del niño se educa con la enseñanza y la dirección práctica del maestro y del sacerdote, quienes deben ejercitar en aquél el juicio moral, exigiéndole respuestas acerca de lo que lee en los libros, de las cuestiones que se le propongan, de lo que ha de hacer ó evitar en tal circunstancia ó caso particular, especialmente acerca de sus actos propios y de los ajenos. 4.ª El examen frecuente de las acciones de uno, la meditación de las verdades eternas y la confesión son medios eficaces de formar la conciencia; porque el niño se habitúa entonces á juzgarse á sí mismo, á arrepentirse, á enmendarse

de sus faltas, y á someterse á una prudente dirección, que le aleja del mal y le induce al bien.

La voluntad, una de las dotes más preciosas del espíritu, es la facultad por la cual el alma tiende libremente hacia el bien conocido por el entendimiento.

Á causa del pecado original la voluntad queda herida en sus energías, por lo que se inclina al mal y practica penosamente el bien. La debilidad es la plaga de la voluntad y la causa de sus extravíos. Por medio de la educación se consigue fortalecerla y estimularla para el bien. La formación de la voluntad es de suma importancia; por cuanto el hombre está obligado á cumplir el deber que le indica la conciencia, lo que no puede hacer sin el apoyo de una voluntad enérgica y constante. Desde los bancos de la escuela ha de principiar este aprendizaje de energía; pero téngase presente que la regla suprema de la voluntad humana es la ley moral, dictada por Dios, cuya custodia é interpretación confió á la Iglesia católica. La voluntad obra con acierto cuando se somete á dicha ley.

Como cada facultad se perfecciona con la posesión de su objeto, y el de la voluntad es el bien, ha de buscarlo siempre en sus actos, procediendo según el orden, ó sea según el deber prescrito por Dios. Por notables prendas que posea una persona, si su voluntad es débil ó variable, poco ó nada de provecho hará en favor suyo y de los demás. La voluntad hace al hombre, y cuando está bien formada, comunica vigor á las otras facultades y sirve mucho en la vida social.

La obediencia contribuye á disciplinar la voluntad; y como en los niños ésta carece de energía, y la conciencia está por formarse, necesitan que una autoridad externa (la de los padres y maestros) les auxilie y acostumbre á cumplir el deber. La obediencia es un poderoso medio de guiar al hombre por la senda del bien, que se ha de emplear durante todo el tiempo de la formación del niño. La escuela bien organizada y dirigida sirve también mucho para este fin, por las advertencias del maestro, los actos de vencimiento que practica el alumno, y los buenos ejemplos que recibe. Pero lo que más influye en la voluntad son los hábitos, que cons-